

Seix Barral LOS TRES MUNDOS *Ensayo*

César Rendueles

Capitalismo canalla

Una historia personal del capitalismo
a través de la literatura





Seix Barral Los Tres Mundos

César Rendueles

Capitalismo canalla

Una historia personal del capitalismo
a través de la literatura

© César Rendueles, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: septiembre de 2015
ISBN: 978-84-322-2507-9
Depósito legal: B. 16.274-2015
Composición: La Nueva Edimac, S. L, Barcelona
Impresión y encuadernación: Romanyà
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

ROBINSON CRUSOE Y EL CAPITALISMO CANALLA

Se dice que W es un islote de la zona más occidental de Tierra del Fuego, en la región austral de Chile. Seguramente está situado en algún lugar entre las islas O'Brien y Londonderry, cerca de la cordillera de Darwin. La isla mide apenas quince kilómetros y está completamente aislada del mundo exterior. Carece de lugares de desembarco natural, está rodeada de arrecifes y precipicios y hasta su colonización, a finales del siglo XIX, permaneció desierta.

Georges Perec atribuye la creación de la colonia a un tal Wilson, aunque nadie lo sabe con certeza. Tal vez W fue fundada por piratas o por entusiastas del ideal olímpico. El caso es que W es hoy un país cuya vida social gira en torno al deporte. Se trata de una nación de atletas en la que deporte y vida se confunden: «La orgullosa divisa FORTIUS ALTIUS CITIUS que adorna los pórticos monumentales a la entrada de las poblaciones, los magníficos estadios con suelos de ceniza perfectamente cuidados, los gigantescos diarios murales que publican a todas horas del día los resultados de las competiciones, los triunfos coti-

dianos reservados a los vencedores, la vestimenta de los hombres —un sobretodo gris que lleva a la espalda una inmensa W blanca—, tales son los primeros espectáculos que se muestran al recién llegado».⁵

En W se ha desarrollado un sutil entramado institucional para promover la competición y el ansia de victoria. Por ejemplo, los vencedores en las pruebas deportivas son agasajados, como es natural, con grandes honores y banquetes exquisitos. En cambio, los vencidos son privados de la cena. No es una típica muestra de desigualdad en el acceso a bienes suntuarios, sino un mecanismo para incentivar la competencia. El ayuno nocturno no pone en peligro la vida de los atletas ni los deja en una situación de subalimentación. Todos ellos ingieren tres comidas diarias que, sin embargo, están cuidadosamente planificadas para no permitir un rendimiento deportivo óptimo, ya que carecen de azúcar o de vitamina B1. Se trata, en suma, de un método para que el miedo impulse a los competidores a superar sus propios límites. Aquellos atletas que nunca ganan van teniendo cada vez menos posibilidades de hacerlo.

Las leyes del deporte son crueles con los perdedores. En el mejor de los casos, los vencidos son objeto de humillaciones. Pero cuanto más importante es la competición y mayores honores obtienen los ganadores, más se castiga a los perdedores. En la prueba reina de los Juegos Olímpicos, la carrera de los cien metros lisos, los vencidos tienen que pasar desnudos entre dos filas de verdugos que los azotan con látigos para después exhibirlos durante días en cepos de madera. En ocasiones, el último corredor en llegar a la meta es condenado a muerte y lapidado por los espectadores del estadio. Su cadáver es descuartizado y sus despojos colgados de ganchos de carnicero que pen-

den del emblema olímpico. Finalmente son arrojados a los perros.

Sí. Los ideales atléticos de *W*, los cuerpos fibrosos y los laureles, esconden una pesadilla social extremadamente jerarquizada, misógina, sanguinaria y cruel: «Los veteranos expulsados de los equipos y que no han conseguido un puesto, a los que se llama mulos, no tienen ningún derecho, ninguna protección. Los dormitorios, los refectorios, las duchas y los vestuarios les están prohibidos. No tienen derecho a hablar; no tienen derecho a sentarse. Son con frecuencia despojados de su ropa y de su calzado. Se amontonan junto a los cubos de basura, rondan por la noche junto a los patíbulos intentando arrancar de las carroñas de los vencidos lapidados y colgados algunos jirones de carne».⁶

W, la novela, imagina cómo sería una sociedad basada en la competencia extrema y generalizada. *Perec* intentó recrear literariamente su propia pesadilla infantil sobre el universo concentracionario —su madre fue asesinada en el campo de exterminio nazi de Auschwitz—: un sistema burocrático demoníaco diseñado para reducir la vida humana a una pelea atroz por una subsistencia sin sentido. Pero *W* es también una parábola de la exotividad de la sociedad de mercado.

Muchos políticos y científicos sociales intentan convencernos de que la sociedad de mercado es la consumación de un impulso humano universal: los niños intercambian canicas, los trobriandeses, conchas, y hoy se negocian derivados financieros y derechos globales de emisión de gases de efecto invernadero. Es difícil exagerar hasta qué punto esta supuesta continuidad es engañosa. Casi todas las sociedades han conocido el comercio, sí, pero sólo como una realidad marginal con un peso muy limitado en su vida en común. El mercado era un lugar concreto —la

plaza del mercado— al que se acudía unos días concretos —los de mercado— a intercambiar unos pocos bienes.

En realidad, vivimos en una civilización única en la historia. Por primera vez una inmensa cantidad de personas basamos nuestro sustento material y nuestra organización social en la práctica generalizada de tratar de obtener ventaja de los demás. No en los estadios, sino en los mercados de trabajo, inmobiliarios, de alimentos, de transporte, culturales, energéticos... Cada mañana, al salir de casa, nos enfrentamos a personas a las que tratamos de vencer en una sucesión sin fin de desafíos comerciales: venta caro, compre barato. La historia de la modernidad es, en primer lugar, la crónica de la subordinación de toda nuestra vida social a las relaciones comerciales. No fue un proceso automático o inesperado, sino el resultado de luchas políticas desesperadas y aún en curso.

Perec escribió *W* entre 1970 y 1974, en la época heroica de la contrarrevolución neoliberal. El 11 de septiembre de 1973, en Santiago de Chile, no lejos de *W*, un golpe de Estado impulsado por Estados Unidos derrocó el gobierno democrático del socialista Salvador Allende. El propio Perec lo expresó así: «He olvidado las razones que me hicieron escoger, a los doce años, Tierra de Fuego para instalar allí *W*. Los fascistas de Pinochet se han encargado de dotar a mi fantasma de un último eco: hoy día varios islotes de Tierra de Fuego son campos de deportados». ⁷ El golpe de Pinochet cerró la posibilidad de una alternativa democrática al capitalismo en Sudamérica y fue el inicio de un régimen de terror que sumió en la miseria a millones de personas y urbanizó políticamente el continente para las transnacionales. El economista canadiense Michel Chossudovsky, asesor del gobierno de Allende, recordaba así lo ocurrido:

Apenas unas pocas semanas después del sangriento golpe militar del 11 de septiembre de 1973 en Chile, la junta militar encabezada por el general Augusto Pinochet ordenó un alza del precio del pan de 11 a 40 escudos, un abrumador aumento del 264% de la noche a la mañana. Este «tratamiento de choque económico» había sido planeado por un grupo de economistas llamado los «Chicago Boys». A la vez que los precios se disparaban, los salarios fueron congelados para asegurar «la estabilidad económica y detener las presiones inflacionarias». El país entero se vio arrojado a la extrema pobreza; en menos de un año el precio del pan había aumentado treinta y seis veces; el 85% de la población chilena había sido empujada a cruzar la línea de la pobreza.⁸

El mercado libre no es el resultado espontáneo de un instinto emprendedor innato en la especie humana. Hasta la modernidad, ninguna civilización ha sido tan idiota como para apostar su propia supervivencia material a la ruleta comercial. El comercio competitivo a menudo ha sido entendido como una forma de engaño o autoengaño cuya generalización es incompatible con la vida en comunidad.

Cuenta Isaac Bashevis Singer que Shlemel era un campesino polaco que compró un barril de orujo en Chelm para venderlo por vasos y así obtener pingües beneficios. Una mañana instaló el barril en el mercado junto con su mujer. Sin embargo, el precio de venta era muy alto, tres monedas de plata, y sólo una persona aceptó pagar esa cantidad por un vaso de orujo. Al cabo de un rato, desanimado por la falta de clientes, Shlemel decidió tomarse un vasito de orujo. «Toma, te lo pagaré, mi dinero es tan bueno como el de cualquiera», le dijo a su mujer al tiempo que le daba las tres monedas. Después de un rato, fue la señora

Shemel la que quiso echarse un trago. Tampoco ella se olvidó de pagar las tres monedas correspondientes. El trasiego de copas continuó y al final del día el matrimonio se maravilló porque sólo tenía tres monedas y el barril vacío.⁹

En un pequeño pueblo asturiano había un bar cuyo dueño intentaba evitar a toda costa que su bar fuera «demasiado bien». Aspiraba a que le diera unos beneficios razonables que le permitieran llevar una vida tranquila y modesta. Una vez se le vio correr en dirección a su establecimiento gritando a su mujer: «¡Rápido, cierra, que llega un autobús de turistas!». Una tarde en la que estaba jugando al dominó con otros parroquianos, a un cliente se le ocurrió pedir un café: «Mejor vas al bar de enfrente. Yo invito», le dijo al tiempo que le ofrecía cien pesetas.

Montesquieu, en las *Cartas persas*, parodiaba así su época: «Este afán de atarearse, esta pasión de enriquecerse, cunde de clase en clase, desde el menestral hasta el magnate. Nadie quiere ser más pobre que el que vive en un grado inmediatamente inferior al suyo».¹⁰ La mayor parte de las sociedades arcaicas han contado con mecanismos para limitar las diferencias de rango. El más importante seguramente ha sido la ridiculización de los fanfarrones, pero muchas culturas no han dudado en expulsar o incluso ejecutar a quienes aspiraban a situarse por encima de los demás. La idea de que la competición tiene un fuerte componente autodestructivo y debe estar limitada era un elemento básico de la organización social tradicional. Por eso aún hoy no dejamos que la rivalidad atlética regule nuestras vidas. Y por eso hasta los inicios de la modernidad se excluyeron del comercio algunos elementos básicos para la subsistencia. Durante decenas de miles de años, la gente entendió que hacer depender del regateo la posibilidad de comer o resguardarse del frío era tan extra-

vagante como jugárselo a los chinos. Incluso las culturas más intensamente volcadas en las relaciones comerciales eran bien conscientes de esta realidad y desarrollaron formas de relación comercial muy reguladas, con intercambios a precios fijos o encargos institucionales que no pasaban por el mercado abierto.

La consolidación del capitalismo exigió dinamitar esa inercia antropológica. Y no ha sido fácil. Hay un capítulo de «Los Simpson» que se desarrolla en Australia. En cierto momento, la familia acaba en la embajada estadounidense y Homer entra al baño. Allí ve que el inodoro está rodeado por una gigantesca maquinaria complicadísima. Cuando le pregunta al embajador para qué sirve, responde que es para revertir el efecto Coriolis —que hace que los remolinos giren en sentido inverso en el hemisferio norte y sur— con el objeto de que los norteamericanos de pura cepa se sientan como en casa al tirar de la cadena. Algo así ha sido la historia del capitalismo. El sometimiento de todas las instituciones sociales al mercado ha requerido una enorme y complicadísima ingeniería social que se ha perfeccionado a lo largo de mucho tiempo. Seguramente por eso a los economistas les encanta el léxico deportivo-militar y hablan todo el rato de rigor y disciplina. Hemos necesitado tres o cuatro siglos de entrenamiento para llegar a aceptar que el trabajo, la tierra, los alimentos básicos o incluso el agua son mercancías que se pueden comprar y vender mientras cruzamos los dedos para que los mercados libres de fricción alcancen un estado de equilibrio.

Como en W, si los incentivos sutiles fallan, siempre queda el recurso de la violencia descarnada. Cuando nuestra doma mercantil se revela insuficiente, cuando el miedo al hambre o los alicientes salariales no bastan para motivar a los atletas del mercado, las relaciones comerciales se en-

grasan con cañones y centros de tortura. El caso de Chile no es único, ni mucho menos. En los años setenta y ochenta del siglo xx las dictaduras latinoamericanas asesinaron a 30.000 personas en Argentina, 75.000 en El Salvador, 11.000 en Paraguay, 70.000 en Perú, más de 200.000 en Guatemala, Haití o Colombia, casi 100.000 en Nicaragua. El correlato de la ortodoxia financiera ha sido el terror militar y político. No tiene ningún sentido oponer mercado libre y Estado. Ningún monarca absoluto ha podido soñar jamás con una estructura burocrática tan perfeccionada como la que se necesitó para imponer el dominio del mercado. Por eso el filósofo Carl Schmitt, alto cargo del gobierno nazi, abogaba por un «Estado fuerte para una economía privada sana y libre».

Durante las Olimpiadas clásicas se detenían las guerras para honrar a los dioses con las competiciones deportivas. Las divinidades comerciales prefieren las oblações sangrientas. Hoy iniciamos guerras para impulsar la competencia comercial. Un poco como si en Grecia obligaran a machetazos a los deportistas a participar en los Juegos Píticos. La sangre de las víctimas sacrificiales regará el campo de juego hasta que reconozcamos el sencillo principio que Pinochet, ese *coach* del capitalismo global, enunció en vísperas de los comicios chilenos de 1989: «Estoy dispuesto a aceptar el resultado de las elecciones, con tal de que no gane ninguna opción de izquierdas». Es lo que Santiago Alba Rico ha llamado «la pedagogía del millón de muertos»: cada treinta años se mata a casi todo el mundo y después se deja votar a los supervivientes, que, naturalmente, tienen claro cuál es la opción adecuada si quieren evitar que se repita la carnicería.¹¹

En *Mercaderes del espacio*, una novela publicada en 1953, Frederik Pohl y Cyril Kornbluth imaginan una sociedad ultramercantilizada donde las grandes compañías tienen una capacidad coercitiva extrema y dominan la vida social. Los «productores», el estrato social inferior, viven en condiciones de semiesclavitud, con contratos de servidumbre. Un puñado de macroagencias de publicidad acumulan una enorme cantidad de poder. De su capacidad de manipulación extrema dependen las empresas para vender a los «consumidores» —ya no existen ciudadanos— una bazofia carísima, insalubre y adictiva, pues el capitalismo ha superado cualquier límite ecológico y antropológico. Las proteínas de origen animal proceden de una masa informe de carne generada en el laboratorio llamada «Gallina», que crece desde hace varias décadas a partir de un trozo de tejido central original.¹²

Algo parecido le ha ocurrido al Parlamento, que se ha convertido en una cámara de comercio cuyos diputados son literalmente representantes de las empresas. En este mundo el capital no necesita dar golpes de Estado porque se vive en un permanente estado de excepción mercantil. La competencia ha superado cualquier limitación y los conflictos comerciales se dirimen a tiros. Como explica Mitchell Courtenay, el protagonista de la novela:

Créame, soy un fiel empleado de la Sociedad Fowler Schocken. Desde mis días de cadete he tratado de dedicar mi vida a la Compañía y a las Ventas. Pero los pleitos comerciales, aun en nuestra tranquila profesión, suelen ser una verdadera carnicería. Unas pocas décadas atrás, una agencia londinense, pequeña pero muy activa, le entabló pleito a la sucursal inglesa de la firma BBD & O dejando con vida sólo a dos Barton y a un Osborn menor de edad.

Y se dice que en los escalones del Correo Central, en el sitio en que la Unión Telegráfica del Oeste y la Compañía Americana de Ferrocarriles lucharon por un contrato de correspondencia, se pueden ver todavía algunas manchas de sangre.¹³

La historia del capitalismo es extremadamente sangrienta, sí. Pero *Mercaderes del espacio* nos recuerda que, desde cierto punto de vista, lo extraño es que no lo sea aún más. Una vez que una sociedad da rienda suelta a la competencia, es difícil establecer barreras. El capitalismo es muy expansivo y destruye a su paso cualquier límite instituido. En realidad, la esclavitud o los contratos de servidumbre fueron hasta bien entrado el siglo XVIII una forma habitual de trabajo asalariado descualificado. Y, por supuesto, existe una larga tradición de crueldad extrema en los centros de trabajo. Entonces, ¿cómo hemos conseguido contener, al menos en algunas zonas del mundo, la radicalización de la competencia? ¿Por qué el BBVA no contrata a sicarios para incendiar las sucursales del Banco Santander? ¿Por qué los comerciales de Movistar no llevan nunchakus para asaltar a los de Orange?

En la normalidad de nuestras democracias muchos activistas denuncian, con toda la razón, que cada día, cuando accedemos a nuestro puesto de trabajo, renunciamos a nuestra soberanía como ciudadanos para someternos al dictado de normas despóticas y arbitrarias. En las empresas aceptamos una subordinación que en cualquier otro lugar, incluida nuestra vida familiar, nos resultaría repugnante. Un amigo psicólogo me contaba que trataba por ansiedad a varias cajeras de una sucursal de una conocida cadena de supermercados. Su supervisor no les permitía ir al baño más que una vez durante su jornada

laboral. El miedo a no aguantar y mearse encima aumentaba su sensación de incontinencia, así que toda la línea de caja llevaba pañales.

Sin embargo, también es verdad que en la mayor parte de las empresas occidentales no hay agresiones físicas sistemáticas. Al menos de momento, siguen llamándonos poderosamente la atención casos como los que refería Barbara Ehrenreich en *Sonríe o muere*. En 2006 una mujer denunció a una empresa californiana de alarmas para el hogar por someterla a lo que la compañía llamaba «azotes motivacionales»: los vendedores que peores resultados habían obtenido eran azotados con los soportes metálicos de los rótulos de la competencia. «Todavía más increíble es el caso de una empresa de Utah llamada Prosper donde en mayo de 2007 un supervisor le hizo a un empleado “el submarino” durante un ejercicio motivacional. Al vendedor, que se había prestado voluntario sin saber qué iba a pasar, le hicieron salir al exterior y tumbarse con la cabeza más baja que los pies; entonces, lo sujetaron entre varios compañeros para que no pudiera moverse, mientras el supervisor le metía agua a la fuerza por la nariz y la boca. Al acabar, el jefe les dijo: “Ya visteis con qué fuerza luchaba Chad para respirar; así que quiero que entréis ahí y peleéis igual que él para conseguir ventas”.»¹⁴

A la mayoría no nos azotan en nuestros centros de trabajo. No hace falta. La jornada laboral se infiltra en nuestras almas. Hace años trabajaba en una empresa en la que para hacer llamadas externas tenías que marcar antes el cero. Me pasaba todo el día hablando por teléfono, así que cuando llegaba a casa e intentaba llamar a algún amigo, como todas las líneas fijas de Madrid empiezan por 91, mis manos automáticamente marcaban el cero antes y casi siempre terminaba hablando con la policía. El trabajo se

mete entre nuestros músculos, mueve nuestros dedos. El mercado también. En algún momento los incentivos salariales, la ética del trabajo y el miedo al hambre colonizaron nuestra alma. Como en W:

Esto es lo que hay, y eso es todo. Las competiciones cotidianas, las victorias o las derrotas. Hay que luchar para vivir. No hay otra elección. No existe alternativa alguna. No cabe taparse los ojos, no cabe rehusar. No hay recurso ni piedad, de nadie cabe esperar salvación. [...] Pero incluso los atletas más ancianos, incluso los veteranos chochos que salen a hacer el payaso en las pistas entre prueba y prueba y a quienes la multitud jocosa alimenta con tronchos podridos, incluso éstos creen todavía que hay otra cosa, que el cielo puede ser más azul, la sopa mejor; la Ley menos dura, creen que el mérito será recompensado, creen que la victoria les sonreirá y que será hermosa.¹⁵

¿Cuándo cambiaron las cosas? ¿Cómo hicimos nuestra la utopía comercial? ¿Cuándo la competición mercantil empezó a gobernar nuestros corazones? ¿Cuándo empezamos a buscar un cielo más azul observando con determinimiento las novedades de la sección de menaje?

Los orígenes de la sociedad de mercado son los de la cultura urbana moderna. La clase comercial no surgió paulatinamente en el seno de las sociedades agrícolas medievales, para las que el afán de lucro o la idea de vender la tierra para disponer de dinero resultaba absurda. El mercado fue un escándalo social. La Iglesia consideraba el comercio como una forma de usura y la búsqueda de beneficios se veía como una declinación de la avaricia.

Como explicaba el historiador Henri Pirenne, el mercado irrumpió en Europa a partir del siglo x. La causa fue un aumento de la población que liberó del campo a un número cada vez más considerable de personas condenadas «a ese tipo de existencia errante y azarosa que, en todas las civilizaciones agrícolas, es el destino de aquellos que ya no pueden seguir trabajando en la tierra. Multiplicó la masa de vagabundos pululantes a través de la sociedad, viviendo de las limosnas de los monasterios, contratándose en épocas de cosecha, alistándose en el ejército en tiempos de guerra y no retrocediendo ante la rapiña y el pillaje cuando la ocasión se presentaba. Entre esta masa de desarraigados y aventureros hay que buscar sin duda alguna los primeros adeptos al comercio».¹⁶

En los inicios de la modernidad, los comerciantes eran pillos, granujas, buscavidas que se liberaron al desarraigarse de sus comunidades locales y se agruparon en bandas armadas para protegerse de los ladrones. San Goderico de Finchale nació a finales del siglo xi en Lincolnshire, en una familia de campesinos pobres. Tuvo que ingeniárselas desde la infancia para sobrevivir espigando en las playas los restos de los naufragios. Tras algún descubrimiento afortunado se convirtió en buhonero, logró juntar algo de dinero y se unió a una comitiva de mercaderes a la que seguía de feria en feria hasta que finalmente fletó un barco con otros compañeros y se enriqueció.

El mercado generalizado es de origen canalla. En una fecha tan tardía como 1718, un ensayista inglés describía a los comerciantes que especulaban con productos de primera necesidad como «un grupo de hombres viles y perniciosos. Una clase de gente vagabunda [...] llevan todas sus pertenencias consigo, y sus [...] existencias no pasan de ser un simple traje de montar, un buen caballo, una lista de ferias

y mercados, y una cantidad prodigiosa de desvergüenza. Tienen la marca de Caín, y como él vagan de un lugar a otro, llevando a cabo unas transacciones no autorizadas entre el comerciante bien intencionado y el honesto consumidor».¹⁷

En 2010 la Harvard Business School —un escuela de posgrado de élite donde estudiaron, entre otros, George W. Bush o Felipe Calderón— escogió la piratería somalí como el mejor modelo de negocio del año.¹⁸ Mucho antes, el comercio marítimo mediterráneo se desarrolló al tiempo que la piratería. En general, para griegos y fenicios sólo había una distancia de grado entre saquear una aldea, obligar a sus habitantes a vender sus productos a precios fijos y el intercambio mutuamente beneficioso. La *Anábasis* de Jenofonte, escrita en el siglo v a. C., ha pasado a la historia como el relato de un viaje heroico de un grupo de ilustrados atenienses que se fueron de fiesta-toga por tierras bárbaras. En realidad, es la historia de una banda de *hooligans* áticos que arrasan el Asia Menor. En el Libro V, Hecatónimo, embajador de Sínope, en la actual Turquía, explica al ejército de los Diez Mil que no le parece mal que las tropas de Jenofonte saqueen a los bárbaros, pero que dado que ellos son griegos, tal vez podrían mostrar alguna deferencia chovinista. Jenofonte responde con una actitud más cosmopolita: «A cualquier sitio que vayamos, si no tenemos mercado, sea tierra bárbara o griega, no por arrogancia sino por necesidad, tomamos los víveres».¹⁹ El protocolo es más o menos que si se puede se compra y si no se rapiña. O al revés, tampoco está muy claro.

Para ser justos, era una práctica habitual. Aunque la Atenas clásica era famosa por su actividad comercial, los hábitos de mercado eran muy superficiales. Por eso el principal promotor del mercado en la Grecia antigua fue el ejército, sobre todo, cuando empezó a generalizarse el uso

de mercenarios. Los líderes militares no se fiaban de los impulsos comerciales espontáneos de las comunidades por las que pasaban sus tropas y para garantizar el abastecimiento de los soldados de fortuna, se ocupaban de que las ciudades amigas les «ofrecieran» mercado. El abastecimiento formaba parte de un conjunto de actividades económicas como la venta del botín, esclavos y ganado, y la propia incursión militar entendida como una fuente de beneficios predatorios. Como recuerda Karl Polanyi, «el gobierno espartano enviaba una comisión civil de “vendedores de botín” junto con el rey que mandaba el ejército en el campo de batalla. Su misión era velar por que se subastasen en el acto los esclavos capturados y el ganado».²⁰

Veinticinco siglos más tarde, Paul Bremer, procónsul de la Autoridad Provisional de la Coalición que conquistó Irak en 2003, explicaba en el Foro de Davos reunido en Jordania apenas unas meses después de la invasión, lo siguiente: «Durante los últimos catorce años he sido empresario. Sé que hay muchos empresarios entre la audiencia. Quiero decirles que soy optimista y creo que la Coalición logrará que la economía iraquí deje de ser un sistema cerrado y muerto para convertirse en un espacio abierto y vibrante en el que hacer negocios. Las oportunidades para las inversiones productivas abundan y nos proponemos asegurarnos de que se lleven a cabo [...]. Nuestra meta estratégica en los próximos meses es poner en marcha políticas que permitan recolocar el personal y los recursos de las empresas estatales en las empresas privadas más productivas».²¹ En esta tarea mercantilizadora Bremer empleó de forma masiva a mercenarios: paramilitares procedentes de empresas privadas de seguridad como Blackwater.

Es verdad que a lo largo de los dos mil últimos años la profesión de mercader ha ido normalizándose. Hasta el punto de que en cierto momento, en torno al siglo XVIII, el comercio llegó a considerarse una alternativa a la guerra. Una especie de competición de baja intensidad que rebaja los conflictos a un nivel aceptable, por debajo de los miembros mutilados y las torturas rituales. Como explicó Albert Hirschman, en esa época algunos ilustrados empezaron a reivindicar el comercio como una forma de relación social poco virtuosa pero cuyos efectos colectivos y personales eran muy beneficiosos.²² Pensaron que el mercado limitaría las pasiones políticas o religiosas más exaltadas, que habían convertido Europa en un campo de batalla durante los siglos anteriores, y generalizaría la cordialidad.

La razón de este efecto del mercado, según los ilustrados, es que el propio interés egoísta característico del comercio dulcifica el comportamiento social, lo hace más apacible y civilizado. Elimina los sedimentos antropológicos que hacen tan pegajosas e incomprensibles las relaciones familiares, tribales o religiosas y las vuelve racionales, comprensibles y transparentes. La competencia comercial induce un vínculo comunitario rebajado, un interés mutuo por mantener unas mínimas normas de convivencia. Hace que la gente se conforme con una prosperidad razonable. Reduce las aspiraciones sociales a cierta mediocridad virtuosa. Los héroes políticos y militares como Catón quedan muy bien en los panteones y en los libros de historia, pero a su vera la vida es sangrienta y arriesgada. Así lo recuerda un texto de 1758 del paleoeconomista Simon Clicquot-Blervache:

Si es verdad que todos los esfuerzos del fabricante o del mercader tienden a aumentar su capital, no es menos

cierto que no es mediante una ganancia ilícita y momentánea como pueden llegar a reunir una fortuna sólida y constante, sino por la continuidad no interrumpida de unas ganancias módicas y limitadas en los justos límites de la honestidad. Dado que es útil para el negociante el asegurarse la confianza de sus corresponsales, y que no puede conservarla más que mediante la probidad y la buena fe, es cierto que el deseo mismo de ganar le compromete y le fuerza a no engañar. Se trata de un freno tanto más poderoso cuanto que está inscrito en la naturaleza del interés personal.²³

Las guerras entre los !kung, una sociedad de cazadores-recolectores del Kalahari, prácticamente desaparecieron cuando, en el siglo XIX, los pastores tswana empezaron a realizar visitas comerciales. Un razonamiento similar está en los orígenes de nuestra Unión Europea. La Segunda Guerra Mundial supuso, entre otras cosas, un duro golpe para la diplomacia. A pesar de todas las negociaciones políticas y tratados internacionales, por segunda vez en pocos años, los conflictos entre Alemania y Francia habían convertido el mundo en un matadero. Algunos políticos, como Robert Schuman, pensaron que merecía la pena probar una estrategia diferente. Tal vez las relaciones comerciales mutuamente beneficiosas podían generar paz y concordia allí donde la diplomacia había fracasado. Así surgió en 1950 la Comunidad Europea del Acero y el Carbón que más adelante se transformaría en la Comunidad Económica Europea y, finalmente, en la Unión Europea. La fe en la capacidad socializadora del comercio está incrustada en la arquitectura de las instituciones europeas. Por eso la integración política democrática de la UE está tan subdesarrollada en comparación con unas estructuras mercantiles hipertrofiadas. Las consecuencias han sido dramáticas, en especial para los países del sur de Europa.